

El arielismo, más allá de su leyenda negra

por Adolfo Garcé

El autor

*Licenciado en Ciencia Política.
Docente en la Universidad de la
República y la Universidad Católica
del Uruguay.*

1.

Quiero agradecer la invitación a participar en este homenaje a Rodó, a cien años de la publicación de *Ariel*. Pertenezco a una generación que, por razones que explicaré más adelante, prácticamente desconoce la importancia de la obra de los "maestros del 900". Mi encuentro con Rodó data de comienzos de los noventa. En aquel entonces, con Gustavo De Armas, estimulados por la lectura de algunos de los excelentes ensayistas de la generación del 45, como Carlos Maggi y Carlos Real de Azúa, emprendimos la aventura de recorrer los principales hitos del pensamiento nacional. Al llegar al 900 descubrimos, con asombro, un mundo intelectual increíblemente similar al que nos estaba tocando vivir desde fines de los años ochenta: una época de creencias rotas, de severísimos cuestionamientos a la razón y a la idea de progreso. Leyendo a José Enrique Rodó y a Carlos Vaz Ferreira comprendimos que la crisis de paradigmas, la "intemperie", como le gustaba decir a Gerardo Caetano, podía transformarse en una espléndida oportunidad para crecer (sin que lo supiéramos, empezaba a gestarse el programa de investigación acerca de los intelectuales y la política en el Uruguay que hemos venido impulsando en los

últimos años). Por eso, reflexionar sobre Rodó y su *Ariel*, en el marco de este ciclo, tiene un sentido muy especial para mí. Significa referirme a uno de los autores que más me ayudaron a esquivar la zancadilla posmoderna y a revalorizar la tradición intelectual uruguaya.¹

Se nos ha pedido que reflexionemos acerca de los efectos del arielismo en el desarrollo latinoamericano. Es preciso empezar por señalar la doble pertinencia, teórica e histórica, de la pregunta que nos convoca: *arielismo, ¿impulso o freno para América Latina?* En primer lugar, considero que en el plano teórico la interrogante es absolutamente pertinente: existe una abundante acumulación teórica y empírica que abona la tesis de que la cultura, las ideologías, los valores, tienen efectos sobre el desarrollo de las naciones. Las ideas importan. El desarrollo económico y social no depende únicamente de factores materiales como la dotación de recursos naturales, la ubicación geográfica del país, la estructura de las relaciones comerciales, el grado de tecnificación de su aparato productivo o de sofisticación de las estructuras del estado. Las ideas predominantes en la sociedad acerca de los caminos y las perspectivas del desarrollo económico (colaboración-conflicto, pesimismo-optimismo, etc.), las doctrinas económicas imperantes (dirigismo-liberalismo), la ideología de los actores políticos (izquierda-derecha), entre otras formaciones ideológicas, inciden en la dinámica del desarrollo. Mirado desde esa perspectiva es perfectamente razonable concebir que el arielismo, en tanto doctrina con alto impacto en las elites latinoamericanas de las primeras décadas del siglo XX, haya ejercido una influencia política relevante.²

En segundo lugar, la pregunta disparadora del panel tiene una indudable pertinencia histórica: hemos heredado de las generaciones que nos precedieron una visión negativa del arielismo (el arielismo como freno) que resulta imprescindible problematizar. El cuestionamiento al arielismo formaba parte del vasto impulso hacia la "demolición de la ideología batllista" que caracterizó el ascenso de la "generación crítica".³ Estaba, por ende, teñido de las obsesio-

¹ En esos años, con Gustavo De Armas, publicamos dos textos en los que dejamos testimonio de esta peripecia. Ver: "Tras las huellas del novecientos", *Cuadernos del CLAEH* n° 68, Montevideo, diciembre 1993; "Proteísmo imaginario: la curiosa actualidad de Rodó y Vaz Ferreira", en Gerardo Caetano (coord.): *Uruguay hacia el siglo XXI*, Trilce, Montevideo, 1994.

² Durante los últimos años ha habido un importante *revival* del viejo tópico del poder político de las ideas. Para un panorama de esta discusión se puede ver, entre otros: revista *Nueva Sociedad* n° 152, Caracas, noviembre-diciembre 1993, especialmente el artículo de Antonio Camou, "Los consejeros del Príncipe"; Robert Reich (ed.): *The Power of Public Ideas*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1988; Gustavo De Armas y Adolfo Garcé: *Técnicos y política*, Trilce, Montevideo, 2000.

nes, ideologías y percepciones predominantes en aquella época. Vale la pena, hoy, en un contexto histórico e ideológico tan diferente, volver a revisar el arielismo y su legado.

2.

El arielismo, para resumir su esencia en una frase, es un ambicioso programa de acción para la elite joven de América Latina. ¿Qué les dice Rodó a los jóvenes latinoamericanos? Los convoca fervorosamente al ágora, los llama con elocuencia a ser protagonistas de la vida pública para que impidan que nuestra América traicione sus raíces latinas, pierda su originalidad y se convierta en una mera copia de América del Norte. Repasemos ordenadamente los puntos centrales de este programa.

En primer lugar, el arielismo es, se ha dicho muchas veces, *juvenilismo*. Rodó convoca a los jóvenes a conquistar, “por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas”.⁴ América Latina, clama Rodó, precisa la “fuerza bendita” de su juventud,⁵ “la iniciativa audaz, la genialidad innovadora”.⁶ “Animados por ese sentimiento, entrad, pues, a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador”.⁷

Rodó no se limita a reclamar la participación juvenil, a desatar ese espíritu de “conquista”. Les ofrece un modelo, un ideal de ser humano, un arquetipo al cual tender. Éste es el segundo rasgo fundamental del arielismo: el *idealismo*. Según Rodó, el hombre no debe desarrollar una sola faceta de su personalidad: “por encima de los afectos que hayan de vincularlos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado

³ Sobre la *generación crítica* existen numerosos estudios. Para mi gusto, los textos más reveladores son *La generación crítica*, de Ángel Rama (Arca, Montevideo, 1972), y *El tercerismo en el Uruguay*, de Aldo Solari (Alfa, Montevideo, 1965). Ambos textos se complementan bien: el primero es una interpretación de la *conciencia crítica* desde dentro y apologética; el segundo la cuestiona desde fuera. Ver también: Gustavo De Armas y Adolfo Garcé: *Uruguay y su conciencia crítica*, Trilce, Montevideo, 1997.

⁴ José Enrique Rodó: *Ariel, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967, p. 208.

⁵ *Ibidem*, p. 210.

⁶ *Ibidem*, p. 212.

⁷ *Ibidem*, p. 212.

de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa [...]. Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un aspecto, sino la plenitud de vuestro ser".⁸ De acuerdo con la visión de Rodó, la humanidad estaba quedando atrapada en la "esclavitud material": "Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material".⁹ Los jóvenes que América precisa, según Rodó, son los de esta clase. Son aquéllos que tienen la capacidad de preservar un espacio para la vida interior, "donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles", "la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el ocio antiguo",¹⁰ el sentimiento de "lo bello".¹¹

Esta reivindicación del idealismo en tanto complemento indispensable de la propensión materialista que él advierte en las sociedades modernas se traslada, en la segunda parte de *Ariel*, del plano individual al colectivo, del terreno estrictamente personal al de las estructuras políticas y sociales. El tercer rasgo importante de la doctrina arielista es la *crítica de la democracia norteamericana*. Esta crítica se efectúa en nombre del ideal. Rodó considera que la democracia norteamericana está arrasando con la jerarquía social, aboliendo la diferencia entre los individuos y sacrificando la calidad a la cantidad: "La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena".¹² Rodó apoya la democratización de las sociedades pero insiste en la necesidad de salvar el "criterio de selección": "Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados".¹³

El cuarto rasgo del arielismo es la *crítica del modelo de desarrollo social norteamericano*. Rodó advierte contra la "nordomanía", contra la inclinación hacia

⁸ Ibídem, p. 213.

⁹ Ibídem, p. 215.

¹⁰ Ibídem, p. 217.

¹¹ Ibídem, pp. 217-219.

¹² Ibídem, p. 239.

¹³ Ibídem, p. 229.

la "imitación unilateral de una raza por otra". Muchos de los rasgos más característicos de la civilización norteamericana le merecen severos reparos: el utilitarismo desbordado,¹⁴ el activismo convertido en fin en sí mismo,¹⁵ el sensacionismo en el plano estético¹⁶ y la degradación de la vida política, atrapada entre el gobierno de la mediocridad y la plutocracia.¹⁷

El quinto rasgo de la doctrina de *Ariel*, en cierta forma, resume a todos los restantes: el *latinismo*. La reivindicación del idealismo y la crítica del modelo político y social norteamericano se realizan en nombre de la "raza latina", esa "gran tradición étnica" que, en su opinión, debe ser preservada para que América Latina no se convierta en una civilización vulgar, materialista, sin alma: "Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango del mundo. Es necesario temer que el pensamiento sereno que se aproxime a golpear sobre las exterioridades fastuosas, como s6obre un cerrado vaso de bronce, sienta el ruido desconsolador del vac6o [...] Necesario es temer que ciudades cuyo nombre fue un glorioso s6mbolo de Am6rica [...] puedan terminar en Sid6n, en Tiro, en Cartago. A vuestra generaci6n toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y m6sculo y nervio del porvenir [...]. No desmay6is en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinter6s a los fenicios".¹⁸

3.

La doctrina arielista logr6 una victoria fulminante. Muy pronto, Rod6 fue proclamado "Maestro" por las j6venes generaciones latinoamericanas. En Uruguay, como tantas veces explic6 Ardao, la influencia de su obra fue poderosa y perdurable: junto a Carlos Vaz Ferreira "realizan, cada uno a su manera, un excepcional magisterio por el que se expresan los c6nones filos6ficos de la nueva 6poca".¹⁹ El Centro Ariel, creado en 1919 y presidido por Carlos Quijano, fue una de las instituciones m6s representativas de la penetraci6n del mensaje arielista en las nuevas camadas.²⁰

¹⁴ *Ib6dem*, p. 231.

¹⁵ *Ib6dem*, p. 235.

¹⁶ *Ib6dem*, p. 238.

¹⁷ *Ib6dem*, p. 239.

¹⁸ *Ib6dem*, p. 245.

¹⁹ Arturo Ardao: *La filosof6a en el Uruguay en el siglo XX*, FCE, 1956, p. 17.

Será el propio Quijano quien encabece, con su precocidad característica, la rebelión contra algunos aspectos de la doctrina de su Maestro. En 1927, diez años después de la muerte de Rodó, envió desde París una nota al diario *El País* polemizando con un lector a propósito de la doctrina arielista. Decía Quijano: "¿Será necesario decirle a usted que nuestro respecto y nuestra admiración por Rodó no son menores ahora que antes? Y, sin embargo, ¡cuántas objeciones a su "sistema", esta nueva lectura [de *Ariel*] nos ha hecho aparecer!". Las "objeciones", explica Quijano, están directamente relacionadas con la "oportunidad de su prédica en América": "Somos un continente semi colonial; dependiente del extranjero en materia de capitales, de industrias, de ciencia [...]; carecemos, por regla general, de iniciativa, de perseverancia, de voluntad de trabajar; vegetamos en la pereza, la ignorancia y un vago y estúpido idealismo aristocratizante [...]. Pues bien, en un continente que todavía no ha sabido ganarse su pan, Rodó predica la educación antiutilitaria; el culto de la belleza; en un continente enfermo de "dilentantismo", la cultura integral; en un continente enfermo de idealismo y pereza, el "ocio noble", la despreocupación del presente [...]. Le repetimos, nosotros no discutimos a fondo las tesis de Rodó. Discutimos su oportunidad, su aplicación".²¹

Con el paso del tiempo, Quijano emprenderá "el camino de retorno a Rodó".²² Sin embargo, su tan temprano como lapidario juicio de 1927 ya anunciaba el tenor de los reproches que habrían de arreciar sobre el arielismo y su creador en las décadas siguientes. Uno de los críticos del 45 que más sistemáticamente ha pulsado esa cuerda es Carlos Maggi. Desde los ya lejanos tiempos de *Uruguay y su gente* hasta ahora, Maggi ha venido insistiendo en relacionar la prédica arielista con el "quede" uruguayo. En "Calibán 63", realiza una crítica implacable de "los arieles": "Los arieles nadan entre imágenes, disfrutan en ese baño de inmersión y así confunden sus largas vacaciones en la playa con la soledad, la guerra y las mordeduras que supone entrar a la verdad. Creen que se puede hacer algo sin ampollarse las manos al empuñar la herramienta feroz de la cultura. Los arieles hacen la plancha, echan hacia arriba un chorrillo de agua y dicen: somos los grandes cetáceos [...]. De los párrafos anchos de Rodó —más que armoniosos, parsimoniosos—, de sus consejos por vía aérea, de sus blancos ideales situados en el espacio exterior, nos viene en buena

²⁰ Para la penetración del arielismo en la elite política y universitaria de la época, así como para el estudio de la fase juvenil del pensamiento y la acción de Carlos Quijano, es imprescindible consultar: Gerardo Caetano y José Rilla: *El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.

²¹ Carlos Quijano: "Cartas a un lector (Rodó: una lectura de Ariel)", en *Cultura, personalidades, mensajes*, Cámara de Representantes, Montevideo, 1992, pp. 167-168.

²² Este retorno a Rodó está documentado en dos textos claves. Ver: Carlos Quijano: "Retorno a Rodó", ibídem, pp. 88-89, y "Atados al mástil", ibídem, p. 338.

medida esta población de sonámbulos, hipnotizados, durmientes, sesteadores, casi ensoñativos y demás afectos al nirvana de aldea: contra la almohada de *Ariel*/cierran los ojos y vagan los arieles señoriales entre columnas, imágenes y hermosas palabras".²³

Maggi no comete la enorme injusticia de asociar directamente a "los arieles" con Rodó: "arieles no son *Ariel*; ni por arieles se entiende Rodó. Esta larga y huera descendencia se realiza desde él por filtración indebida. De nueve arieles, diez no leyeron el libro o no supieron leerlo".²⁴ El arielismo que Maggi cuestiona es, por ende, una transmutación de la doctrina de Rodó, la tergiversación realizada por "los arieles". Pero, curiosamente, para combatir esta mala mutación de la doctrina rodoniana Maggi aconseja "la misión de amor de martarlo para que logre la paz":²⁵ "si el árbol se juzga por sus frutos, vale más cortarlo. Tal vez sirva para echarlo al fuego, y quemándose, haga una buena brasa. Caballeros: siete llaves al sepulcro de *Ariel* y en marcha".²⁶ A partir de entonces, Maggi se ha cuidado mucho menos de distinguir el árbol de sus frutos. Totalmente decidido a erradicar el arielismo de raíz, apunta sus dardos siempre afilados directamente contra el propio Rodó: "Rodó suponía que el ocio contemplativo era una manera de la vida superior y muchos uruguayos se subieron caminando a ese tren comodísimo. Hablo indistintamente de patronos, obreros, políticos y gente común. De cada diez uruguayos, uno se llama José Enrique y dos consideran que su ocupación es "el yugo". Los pueblos que se prodigan en sus labores nos causan lástima. Nosotros somos discípulos del maestro de América y tenemos en menos a los utilitarios; preferimos el inutilismo que mira sin hacer y en cualquier momento toma mate [...]. La quedada y la pereza no son recomendaciones magistrales; son lo contrario de la vida superior".²⁷ Para Maggi, por lo tanto, el arielismo habría resultado altamente nocivo para el desarrollo de Uruguay. Una doctrina inapropiada para un país que debía pensar mucho más en trabajar fuerte que en "cultivar ideales desinteresados". Más que un llamado a la acción, una canción de cuna.

Esta visión del arielismo como freno cultural del progreso económico y social fue la que acabó predominando, a medida que la prédica de la generación crítica fue impregnando las elites intelectuales. Ese proceso se produjo paralelamente al avance de la crisis económica, que acabó tornándose evidente a fines de los años cincuenta y siendo cuidadosamente medida y diagnosticada

²³ Carlos Maggi: "Calibán 63", *Uruguay y su gente*, 3ª ed., Alfa, Montevideo, 1967, p. 17.

²⁴ *Ibidem*, p. 20.

²⁵ *Ibidem*, p. 18.

²⁶ *Ibidem*, p. 20.

²⁷ Carlos Maggi: "Confusión nº 21. Entre adormilar y despabilar", *La república desoriental*, Ediciones de la Plaza, Montevideo, 1995, pp. 89-90.

a comienzos de los sesenta, en el marco del proceso de preparación del Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social 1965-1974 de la CIDE, realizado bajo el auspicio de la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy.²⁸ En este contexto de creciente malestar con el *statu quo* es comprensible que ganaran audiencia los enfoques que procuraban explicar la debacle del “Uruguay batllista”. Durante esta época aparecieron muchas explicaciones de la crisis. Algunas se centraban en el análisis de los problemas de la estructura económica (por ejemplo, el deterioro de los términos de intercambio o la dependencia del imperialismo); otras enfatizaban aspectos políticos (por ejemplo, señalaban la dispersión de los actores políticos o la debilidad técnica de las estructuras del estado); finalmente, también hubo explicaciones centradas en variables sociales (el ascenso desenfrenado de los grupos de presión) y culturales (la inercia de una cultura política particularista y conservadora).

El cuestionamiento al arielismo debe ser comprendido en este marco histórico, en el contexto de este desesperado esfuerzo colectivo dirigido a comprender los orígenes de la crisis uruguaya y a inventar soluciones. Es absolutamente natural que la crítica haya apuntado hacia Rodó, en la medida en que durante varias décadas fue considerado —junto a Vaz Ferreira— uno de los máximos símbolos culturales del “Uruguay feliz”. Fue así como Rodó y su obra más difundida terminaron sentados en el banquillo de los acusados. Eso sí: el proceso contra el arielismo sólo pudo llevarse adelante sobre la base de una lectura distorsionada, superficial y malhumorada de la obra rodoniana.²⁹ Examinaremos este punto en el apartado siguiente.

²⁸ Acerca del aporte del proceso de planificación a la producción de información sistemática sobre el proceso económico y social en Uruguay puede consultarse Celia Barbato: “Economía”, *Ciencia y tecnología en el Uruguay*, CINVE-Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo, 1986. Una mirada más general sobre el legado de la CIDE puede verse en Adolfo Garcé: “Ideas y competencia política: revisando el ‘fracaso’ de la CIDE”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, n° 11, FCU, Montevideo, 1999.

²⁹ Uno de los pocos intelectuales de la época que combatió la tergiversación del pensamiento rodoniano fue, por supuesto, el profesor Ardao. El libro más representativo de la protesta de Ardao ante el proceso contra el autor de *Arieles*: Arturo Ardao: *Rodó*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1970. En este libro, Ardao examina minuciosamente los “principales cargos sobre los que se ha montado el llamado ‘proceso’, o ‘sucesivos procesos’ contra Rodó” (p. 11).

4.

Una de las interpretaciones más incomprensibles del arielismo es aquella que lo considera una convocatoria a la abulia, algo así como la canción de cuna de la "siesta batllista". Muy por el contrario, el arielismo "puro", lo que cualquiera puede leer en *Ariel*, es un elogio formidable de la voluntad, un programa de acción para el perfeccionamiento moral y social de nuestra América. Reléanse las páginas finales de *Ariel* y se tendrá una dimensión cabal de la intensidad emocional de esta fervorosa convocatoria al compromiso juvenil con el futuro de América Latina: "No aspiréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. Vuestra energía viril tendrá con ello un estímulo más poderoso, puesto que hay la virtualidad de un interés dramático mayor, en el desempeño de ese papel, activo esencialmente, de renovación y de conquista [...]. La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro".³⁰

"Lucha", "energía viril", "papel esencialmente activo de renovación y conquista"... No parece ser, precisamente, un llamado a la contemplación de la realidad, sino a su transformación, para usar el famoso aforismo de Marx. Los jóvenes latinoamericanos, insiste Rodó una y otra vez, deben luchar con tenacidad pero sin ansiedad por el desarrollo de la civilización latinoamericana, asumiendo un definido compromiso con el "porvenir desconocido": "Yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro".³¹ Rodó, a través del discurso de Próspero, pretende educar militantes, activistas, ciudadanos "atenienses" dispuestos a combatir enérgicamente por la grandeza de la "polis", intelectuales republicanos capaces de combinar sus desempeños en el ámbito de lo privado con una intensa participación en la esfera de lo público. Este elogio de la capacidad arquitectónica de la voluntad, este "optimismo paradójico" como él mismo lo bautiza, aparece fortísimamente subrayado en su monumental *Motivos de Proteo*. Es difícil encontrar una apuesta mayor al papel rector de la voluntad en la transformación racional (orientada por la razón) de la personalidad humana que a lo largo de las páginas de *Motivos*. El cambio, dice Rodó, es inevitable: "el tiempo es el sumo innovador".³² El desafío para cada hombre

³⁰ Rodó: *Ariel*, o. cit., p. 246.

³¹ *Ibidem*, p. 247.

³² José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967, p.309.

radica en gobernar la innovación: "Hija de la necesidad es esta transformación continua; pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad [...]. Y si inevitable es el poder transformador del tiempo, entra en la jurisdicción de la iniciativa propia el limitar ese poder y compartirlo, ya estimulando o retardando su impulso, ya orientándolo a determinado fin consciente, dentro del ancho espacio que queda entre sus extremos necesarios".³³

Pero no puede tenerse una idea totalmente justa de la concepción rodoniana del poder de la voluntad sin leer "La pampa de granito", una de las parábolas más impactantes de *Motivos de Proteo*. Explicando el sentido de esa parábola dice Rodó: "Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano".³⁴ Aunque parezca imposible, este autor, que teorizó tan elocuentemente acerca de la voluntad como "energía todopoderosa que subyuga al mundo", terminó convertido en el ideólogo de la abulia. En tren de inventarle reproches, habría sido más plausible y menos caprichosa aquella crítica de la doctrina rodoniana que apuntara al flanco exactamente opuesto: tomando en cuenta su fervoroso llamado a la militancia juvenil y sus conmovedores elogios del papel de la voluntad, podría habersele cuestionado un exceso de voluntarismo y mesianismo. Esta variante, sin embargo, nunca se asomó. Es probable que el giro interpretativo predominante (esto es, esta visión del arielismo como legitimación de la abulia) haya venido de su clara reivindicación del "ocio contemplativo". Este aspecto de la doctrina de Rodó cobró una visibilidad tan especial que, seguramente, terminó introduciendo un sesgo en la interpretación de toda la obra del autor. Veamos este punto más en detalle.

5.

Es absolutamente cierto que Rodó reivindicó "el ocio contemplativo". Como señalé más arriba, este aspecto de la doctrina arielista está íntimamente relacionado con su crítica del utilitarismo de la sociedad norteamericana y con su defensa de nuestra "herencia latina". Es absolutamente cierto que Rodó proclamaba la superioridad del "alma" sobre el "cuerpo", del "principio racional" sobre

³³ *Ibidem*, p. 311.

³⁴ *Ibidem*, p. 490.

el "principio apetitivo", de acuerdo con el viejo esquema platónico.³⁵ Sin embargo, una lectura serena de la obra rodoniana sugiere que estaba muy lejos de contraponer de manera simplista idealismo y utilitarismo. En realidad, él consideraba inevitable y hasta cierto punto funcional a "los intereses del alma" la orientación de las sociedades hacia la búsqueda de riquezas materiales. Rodó estaba muy lejos de establecer un parallogismo de falsa oposición entre idealismo y utilitarismo. En realidad, lo que realmente impugnaba con toda su energía era el carácter de modelo ideal con que muchas veces se presentaba el modelo norteamericano: "Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a lo que podríamos llamar *los intereses del alma*. Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu".³⁶

Por ende, cuando reclama que los jóvenes latinoamericanos se consagren a defender "ideales desinteresados" no está recomendando que se desentiendan de los problemas inherentes al desarrollo material sino que *además* (y no *en vez de*, como le gustaba decir a Vaz Ferreira) luchen por hacer de América Latina un lugar "hospitalario para las cosas del espíritu". Insisto: Rodó no contrapone materia y espíritu. No recomendaba sustituir el trabajo por el "ocio contemplativo", ni el desarrollo material por el perfeccionamiento espiritual. Nunca quedó atrapado en una falsa oposición tan elemental. Su reivindicación del idealismo y de la tradición latina apunta a incorporar ideales al desarrollo material. Propone un camino hacia el desarrollo económico diferente del implícito en el "modelo" utilitarista; un camino en el que la búsqueda de "lo útil" no constituya un fin en sí mismo sino que se haga en función de horizontes normativos, de "nobles ideales". Dicho de otra forma: no es un crítico de la modernización sino de la forma concreta que ella ha asumido en el país que pretende constituirse en el paradigma de lo moderno. Por eso convoca a los latinoamericanos a discernir "lo que puede y debe servir de modelo de lo que no debe ser objeto de imitación".

Esta feliz combinación de nacionalismo y cosmopolitismo aparece reiteradamente en la obra de Rodó. En 1895 había escrito en su artículo "El america-

³⁵ Platón distingue tres "principios" o "almas": el principio racional, el principio pasional y el principio apetitivo. El hombre justo es aquél que logra que el principio racional domine al principio apetitivo. Para ello requiere el auxilio del principio pasional. Ver: *La República*, Libro II, § 443 y Libro IX § 588 (c, d, e).

³⁶ Rodó: *Ariel*, o. cit., p. 241.

nismo literario": "una cultura naciente sólo puede vigorizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a los 'cuatro vientos del espíritu'. La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación".³⁷ Reforzando esta idea de los beneficios implícitos en la apertura "a los cuatro vientos de espíritu", Rodó argumentaba que utilitarismo e idealismo, Calibán y Ariel, Norteamérica y América Latina, expresaban dos ideales llamados a fertilizarse mutuamente: "Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en el desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y coactuales que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta [...]. América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución [...]. Esta diferencia genial y emuladora no excluye sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la *imitación unilateral* [...] de una raza por otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos".³⁸

6.

La imagen del arielismo que nos han ofrecido sus críticos no encaja con la doctrina expuesta por Rodó en *Ariel*. La "leyenda negra" transformó una doctrina voluntarista, casi mesiánica, en una insensata convocatoria a la abulia; una crítica inteligente y ponderada del "utilitarismo norteamericano" como único modelo de modernidad, en una negación radical de la importancia histórica del progreso material; una visión lúcida de algunos problemas clásicos de la democracia, en un mero reflejo conservador de defensa de la aristocracia. La "leyenda negra", en realidad, no es otra cosa que una pavorosa tergiversación de la doctrina rodoniana. Tomando en cuenta el contexto histórico es posible comprender las razones de este penoso proceso contra el arielismo llevado a cabo en tiempos de la *generación crítica*. Sin embargo, hoy por hoy, más importante que explicar cómo se las ingenieron en aquellos años para elaborar una ima-

³⁷ José Enrique Rodó: "El americanismo literario", Escritos de la *Revista Nacional, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967, p. 788.

³⁸ Rodó: *Ariel*, o. cit., p.233.

gen tan peculiar de la doctrina de *Ariel*, es volver a insistir en sus méritos. Más allá de los mitos.

Resumen

El artículo sostiene que la doctrina expuesta en el Ariel no es la que leyó la generación crítica y que alentó el desarrollo de la "leyenda negra" del arielismo. Tal tergiversación trivializó y caricaturizó muchos de sus contenidos, confundió otros y en ocasiones discutió, como si fueran rodonianos, postulados opuestos a las ideas de Rodó. Tras sintetizar los pormenores de esta tergiversación, el artículo indaga en las razones del proceso y alienta el reencuentro con un Rodó despojado de sus mitos.